

El desafío de la competitividad

La Argentina tiene un largo camino por delante para mejorar su competitividad de manera sustentable, después de décadas de deterioro en los que deberían ser sus pilares. Los especialistas recomiendan apostar a inversiones en tecnología e infraestructura para potenciar ventajas, mientras se resuelven los desequilibrios macroeconómicos y sociales. Y asignan un rol clave a la mejora de la educación y del marco jurídico-institucional.

La palabra es una de las que más se escucha en los momentos de dificultad: competitividad. Como desafío, como atributo imprescindible para alcanzar un crecimiento sustentable, como concepto que incluye, pero excede, la inflación, el tipo de cambio y el nivel de los precios internacionales.

“No es algo abstracto: está probado que los países con mayor competitividad tienen mayor crecimiento, ingreso por habitante más alto y mejor distribución de la riqueza”, enfatiza **Alberto Schuster**, director de la unidad de Competitividad de la consultora Abeceb. “En los últimos 115 años el crecimiento promedio de la Argentina fue de 1,2% anual. En países como Estados Unidos, Gran Bretaña, Brasil, Corea del Sur, Francia, el que menos creció lo hizo al 1,7 o 1,8% anual. En 115 años eso hace una diferencia enorme. En algún momento de su historia, la Ar-

gentina empezó a perder productividad relativa. En 1950 nuestra productividad era 50% de la de Estados Unidos. Hoy no llega al 30%”.

¿Qué pasó? “El país se volvió macroeconómicamente inestable y tuvo muchos períodos de crisis”, responde Schuster. “Nos expandíamos en los períodos con términos de intercambio favorables y al terminarse entrábamos en crisis o nos endeudábamos hasta llegar a una crisis de deuda. Este ciclo recurrente empezó a fines de los años ‘30: el país se hizo proteccionista y con alto gasto público respecto de las prestaciones del Estado. Y luego, entre los ‘70 y ‘80 estuvimos 25 años en crisis, y hasta cayó el PBI en dólares”.

“Cuando hablo de competitividad me refiero a competitividad sustentable”, coincide **Eduardo Coduri**, CEO de Ernest & Young Argentina. “Cuestiones como la inflación y el tipo de cambio son lo primero que sale a la luz, pero el tema no se agota ahí. Hay otros muy importantes: costo laboral, costo tributario, infraestructura, educación, innovación, acceso al mercado de capitales y financiamiento; no es solo una cuestión macroeconómica”, sostiene.

Los problemas de competitividad fueron disimulados en los primeros años posteriores a la crisis argentina de 2001/2002 por un tipo de cambio real altísimo (salarios en dólares deprimidos), el posterior aumento de los precios de las materias primas agropecuarias, en especial la soja y la fenomenal tracción de Brasil, cuyo PBI en dólares aumentó nada menos que 363% entre 2003 y 2011.

Mientras tanto, sin embargo, el país perdía competitividad. El economista **Ariel**



Alberto Schuster (Abeceb): “Está probado que los países con mayor competitividad tienen mayor crecimiento, ingreso por habitante más alto y mejor distribución de la riqueza”.

Coremberg, a cargo del capítulo argentino del Proyecto Arklems, un trabajo mundial coordinado por las universidades de Harvard y Groningen (Holanda) sobre la productividad de una larga lista de países, precisa que entre los “picos” del PBI de 1998 y 2013, la Argentina fue el país de América Latina que menos creció: 2,2 % anual, por debajo de la tendencia secular 1913/2013 e incluso del período 1987/98, que abarca los últimos años de la “década perdida” de la deuda latinoamericana y los primeros siete de la convertibilidad. Aún en años de viento a favor, esa pobre evolución de la productividad se reflejó en las tasas de crecimiento, que pasaron de un 8% anual en el quinquenio 2003/07 a 4% en 2008/11 y a 2 % en 2012/13. Desde entonces, hubo retrocesos (2014 y lo que va de 2016) o apenas disimulada recesión (2015). El Estudio Broda calcula que, bien medido, el PBI de 2015 superó en apenas 1,4% al de 2011, lo que equivale a una caída del PBI per cápita. Una

magra productividad y competitividad derivó así en menos crecimiento, menos ingresos y menos bienestar.

El mal desempeño competitivo fue aún más visible en el comercio exterior. Las exportaciones de bienes de 2015 fueron inferiores en 27.000 millones de dólares a las de 2011. Y no sólo por la baja de precios internacionales. Un estudio de la consultora DNI, de **Marcelo Elizondo**, muestra que mientras entre 2010 y 2015 las exportaciones mundiales en dólares aumentaron 5,5%, las de la Argentina cayeron 16,7%. Así, nuestro país registró una pérdida de participación en el comercio mundial de nada menos que 24%. En ese lapso, sus ventas externas pasaron del 0,46% al 0,35% del total mundial. El fenómeno se da incluso a nivel regional, donde en 2008 las exportaciones argentinas rozaron el 8% del total latinoamericano y cinco años después fueron del 6,6%.

¿Qué dicen los rankings internacionales de tipo cualitativo? El Índice de Competitividad Global (ICG) 2015/16 del Foro Económico Mundial (WEF), quizás el más completo de este tipo de indicadores, ubica a nuestro país en el puesto 106º sobre 140 países, detrás de Mongolia y Bután y apenas adelante de Bangladesh y Nicaragua.

El ICG se elabora en base a tres subíndices, que dependen de 12 “pilares” de la competitividad. Los subíndices son Requisitos básicos (Calidad de las Instituciones, Infraestructura, Ambiente Macroeconómico y Salud - Educación); Potenciadores de eficiencia (Entrenamiento y Educación superior, Eficiencia de los mercados de bienes, Eficiencia del mercado laboral, Desarrollo del mercado financiero, Aptitud tecnológica y Tamaño del mercado) y Sofisticación e Innovación (con dos pilares del mismo nombre). La Argentina tiene calificaciones alarmantes en tres de los seis “pilares” de la eficiencia. En “Eficiencia del mercado laboral” aparece en el puesto 139º sobre 140 países (sólo Venezuela tiene un mercado laboral más ineficiente); en “Eficiencia de los mercados de bienes”, en el lugar 138º (delante de Chad y Venezuela) y en “Desarrollo de los mercados financieros” araña el puesto 132º (detrás aparecen solo mercados tan subdesarrollados como los de Madagascar, Irán, Argelia, Haití, Guinea, Myanmar, Mauritania y Burundi).



Ricardo De Lellis (KPMG): “Nuestro costo laboral es muy alto y lo va a seguir siendo. No vamos a ser como Brasil o Chile. Hay que buscar soluciones sector por sector”.

En ninguno de los 12 “pilares” nuestro país está bien ubicado. Los menos malos son Salud y Educación primaria (68º), Infraestructura (87º), Innovación (93º) y Sofisticación en los negocios (puesto 101º, siempre sobre un total de 140 países). Pero los dos primeros son rentas en extinción de tiempos mejores, cuyo deterioro es necesario revertir si se quiere avanzar en Innovación y Sofisticación, pilares muy sujetos a la infraestructura y el capital humano con que cuenta un país. Del deterioro de la calidad educativa dan cuenta los resultados de las pruebas PISA (*Program of International Students Assessment*), que realiza cada tres años la Organización para la Cooperación y el Desarrollo (OCDE) a centenares de miles de estudiantes de 15 años (no menos de 4.500 y usualmente unos 10.000 por país) y en las que la Argentina participa desde el año 2000.

En su primera participación, la Argentina fue el país latinoamericano con mejores resultados, superando a México, Chile,

COSTO LABORAL NOMINAL TOTAL

En dólares por hora trabajada

País	Valor
Indonesia	0,88
Tailandia	1,82
Filipinas	1,99
China	3,39
México	5,70
Brasil	6,50
Chile	6,84
Turquía	7,30
Polonia	7,86
Taiwán	8,96
República Checa	9,66
Argentina	11,00
Corea	21,45
Japón	23,41
España	23,53
Gran Bretaña	30,60
Italia	30,93
Irlanda	35,16
Holanda	35,40
Francia	35,89
Estados Unidos	36,34
Australia	36,96
Finlandia	37,34
Suecia	39,35
Alemania	41,03
Noruega	48,68

El costo laboral nominal total está medido en dólares corrientes por hora trabajada, e incluye vacaciones, cargas sociales, SAC y todos los demás costos asociados a los trabajadores.

Fuente: Ranking de competitividad de costos 2016, de ABECEB

Brasil y Perú. Para 2006, ya había caído al sexto lugar, detrás de Chile, Uruguay, México, Colombia y Brasil. En 2009 quedó séptimo, superado también por Trinidad & Tobago, que participó por primera vez, y en 2012 recuperó el sexto lugar regional, superando a Colombia pero detrás de Costa Rica, que participó por primera vez, en lugar de Trinidad & Tobago.

A nivel general, los resultados son aún más alarmantes: en la edición 2012 los estudiantes argentinos ranquearon en el

puesto 61º, sobre 65 países, y obtuvieron malos resultados en todos los aspectos evaluados: Lectura y comprensión de textos, Matemática y Ciencias.

Al país también le va muy mal en rankings más “institucionales”, como el de “Percepción de la Corrupción” que publica anualmente Transparencia Internacional y en cuya edición 2015 figuró en el lugar 107º sobre 168 países, lejos de los países de mejor reputación (Dinamarca, Finlandia, Suecia), pero también de los países latinoamericanos mejor situados. La Argentina obtuvo un sonoro bochazo (32 puntos, en una escala de 0 a 100: a mayor puntaje, más transparencia; a menor, más corrupción) bien lejos de Uruguay (74 puntos, puesto 21 en el ranking), Chile (70 puntos, puesto 23), incluso detrás de países de baja calificación como El Salvador, Panamá, Brasil, Colombia, Perú, México y Bolivia, y apenas mejor que Ecuador, Guatemala, Paraguay, Haití y Venezuela. Parecidas calificaciones recibe en “Doing Business”, informe anual del Banco Mundial focalizado en procesos burocráticos, peso impositivo y cuestiones de infraestructura y logística.

En base a datos internacionales y locales, en septiembre del año pasado Abeceb elaboró un reporte de competitividad de 42 países. En este ranking, que incluye países desarrollados, pero también de desarrollo intermedio o bajo, la Argentina aparece en el puesto 38º, sobre 42. Los cinco más competitivos son Singapur, Suecia, Estados Unidos, Dinamarca y Suecia. Y los cinco menos competitivos: Argentina, Indonesia, Brasil, India y Venezuela. Esto es, la Argentina aparece como el más competitivo de los peores, pero detrás de varios países de desarrollo comparable o menor (República Checa, Polonia, Tailandia, Turquía) y entre los siete latinoamericanos incluidos aparece quinto, detrás de Chile, México, Perú y Colombia.

COSTOS LABORALES Y PRODUCTIVIDAD

No conforme con los rankings de tipo “integral”, Abeceb elaboró uno de “Competitividad de Costos”, cotejando el Costo Laboral Unitario (CLU) en dólares del sector manufacturero local con su productividad. De allí surgió la “competitividad precio” de 26 países, entre desarrollados y en desarrollo: la Argentina registra un

PRODUCTIVIDAD LABORAL

En dólares por hora trabajada

País	Valor
Irlanda	96,94
Estados Unidos	87,67
Suecia	84,43
Noruega	66,83
Finlandia	64,01
Holanda	62,08
Japón	61,18
Alemania	49,03
Gran Bretaña	43,48
Corea	36,51
Francia	36,36
Taiwán	34,34
España	27,38
Australia	27,05
Italia	26,03
China	19,47
Chile	15,92
República Checa	15,24
Polonia	13,14
México	11,81
Turquía	9,29
Argentina	5,87
Tailandia	3,91
Brasil	3,28
Filipinas	2,98
Indonesia	2,07

La productividad laboral está medida como el producto manufacturero (en paridad del poder adquisitivo, PPP) por hora trabajada

Fuente: Ranking de competitividad de costos 2016, de ABECEB

costo laboral en dólares por hora trabajada de valor intermedio (puesto 12º, sobre 26 países). Tiene una mano de obra mucho más cara que Indonesia, Tailandia, Filipina, China, y algo más cara que México, Brasil, Chile, Turquía, pero que es entre la mitad y un cuarto de lo que perciben por hora los empleados industriales en países como Corea del Sur, Japón, Estados Unidos, Irlanda, Australia, Alemania y los países escandinavos.

Como, a su vez, la productividad laboral

por hora trabajada es muchísimo más baja que las de los países de mano de obra “cara” (por caso, 16 veces menos productiva que en Irlanda o 14 veces menos productiva que en EE.UU.) y no mucho más alta que los países de mano de obra “barata”, el “Ranking Abeceb de Costo Laboral Unitario de Manufacturas” termina ubicando a la Argentina como el segundo menos competitivo, que supera por escaso margen solamente a Brasil y queda por detrás de países de nivel de desarrollo similar o inferior como Chile, México, Tailandia, Filipinas, Polonia y República Checa.

La Argentina queda así desacomodada: no puede competir con países de industria desarrollada y alto valor agregado industrial per cápita (Taiwán, EE.UU., Irlanda, Japón, etc), pero tampoco con países de mano de obra más barata y/o relativamente más productiva (China, Chile, México, Tailandia, entre otros). Un costo salarial relativamente alto y baja productividad no son la mejor fórmula para atraer inversión, competir a escala global y hacer crecer y diversificar la industria. Eso significa baja competitividad “estructural” y escasa competitividad de costos en la industria. Los desafíos son enormes. “No es socialmente viable plantear en Manufacturas una estrategia de aumento de competitividad mediante la reducción significativa de los costos salariales; debe lograrse mediante un incremento significativo de la productividad laboral y de la productividad total de los factores”, dice Schuster. “La experiencia histórica mundial enseña que, en promedio, los países duplican su productividad cada diez años. Deberíamos hacerlo mucho más rápido”.

LA TRANSICIÓN HACIA EL MEDIANO PLAZO

Ricardo De Lellis, Socio Director Ejecutivo de KPMG, es optimista por el arranque que tuvo la gestión del presidente Mauricio Macri, pero también consciente de los desafíos que se presentan. El gobierno –enumera– hizo rápidamente cuatro cosas que salieron mejor de lo esperado: levantamiento del cepo cambiario; recorte del ritmo de emisión monetaria; fin del default tras el arreglo con los *holdouts* seguido de una exitosa colocación internacional de bonos y reducción de las retenciones a la exportación. Pero el défi-

RANKING DE COSTO LABORAL UNITARIO DE MANUFACTURAS

Posición	País	CLU
1	China	0,17
2	Taiwán	0,27
3	Estados Unidos	0,41
4	Irlanda	0,43
5	Japón	0,44
6	Chile	0,46
7	Indonesia	0,48
8	México	0,48
9	Tailandia	0,52
10	Suecia	0,57
11	Cores	0,63
12	Filipinas	0,68
13	Holanda	0,68
14	Finlandia	0,70
15	Polonia	0,70
16	Gran Bretaña	0,75
17	República Checa	0,75
18	Turquía	0,85
19	Noruega	0,92
20	Alemania	1,00
21	España	1,03
22	Francia	1,18
23	Italia	1,42
24	Australia	1,63
25	Argentina	1,87
26	Brasil	1,98

Para Argentina y Brasil se tuvieron en cuenta el costo laboral y el tipo de cambio vigentes a la fecha de realización de este informe.

Fuente: Ranking de competitividad de costos 2016, de ABCEB

cit fiscal y la inflación siguen siendo muy altos, la economía sigue en recesión y el tipo de cambio real “está todavía ahí, no muy alto”, señala.

“Se le sacó la droga al paciente, pero la droga era un estímulo. Quedó expuesto el menor nivel de actividad y el paciente tiene más dolor”. En la macroeconomía hay que llegar a una inflación de un dígito y a un déficit fiscal de no más de 3 ó 4%,

no de 7% del PBI. Y mejorar las instituciones. Mientras, ir bajando la inflación y superar la recesión. “La inflación es como una neblina, no deja ver claro. Cuando se logre más visibilidad y se acomoden otras cosas, se podrá discutir un modelo de país; y en eso siempre hay ganadores y perdedores”, dice.

A De Lellis le entusiasman los proyectos de infraestructura que contempla el gobierno, como el “Plan Belgrano”, para darle sustentabilidad al NOA, así como las inversiones viales y portuarias. “Todo eso va a influir positivamente”, sostiene. El acuerdo con *holdouts* y la baja de la tasa de interés –añade– harán que muchos proyectos ya diseñados se tornen viables. Los que primero se dinamizarán serán el agro y la energía, en particular las energías renovables. También la minería, en la que hay muchas inversiones demoradas, puntualiza.

En lo demás mandará la micro, los proyectos, la casuística. “Nuestro costo laboral es muy alto y lo va a seguir siendo. No vamos a ser como Brasil o Chile. Hay que buscar soluciones sector por sector”, afirma el director ejecutivo de KPMG. Por caso, el país puede exportar contenidos: software, sector audiovisual, service center. Hay pocos países en América Latina con tantos jóvenes con dominio del inglés, enfatiza el especialista, y es un sector que ya exporta 6.000 millones de dólares anuales.

“Estamos en un mundo de tecnología disruptiva. Se puede vender internacionalmente cualquier cosa. Pero por otro lado muchas de las inversiones nuevas no ocupan mano de obra. ¿Y qué hacemos con nuestra gente? El factor importante es la Educación, teniendo en cuenta un mercado laboral en constante cambio. Ahí la buena noticia es que tenemos buenos recursos humanos”, pero también dificultades para superar, admite el ejecutivo.

Las tecnologías “disruptivas” exigen capacidad de análisis y el sistema educativo argentino no prepara para eso. Además, hay dos millones de jóvenes Ni-Ni (que no estudian ni trabajan). Otros problemas en la fuerza laboral son el alto grado de conflictividad, el ausentismo y hasta el aumento de adicciones. “Es un problema preocupante”, dice. Y las rutinas sociales no ayudan. “Acá se juegan partidos (de fútbol) a las diez, once de la noche. La disciplina de



Eduardo Coduri (EY): “No es solo una cuestión macroeconómica. Hay cuestiones muy importantes como costo laboral, tributario, infraestructura, educación, innovación, acceso al mercado de capitales y financiamiento”.

trabajo se ha relajado mucho; cuesta imponer un concepto de meritocracia”. De Lellis señala que una muestra de la baja competitividad es que en el ranking Forbes de las 2000 mayores empresas del mundo no hay ninguna argentina. Y sí hay brasileñas, mexicanas, colombianas y chilenas. Como sea, concluye, el desafío es “llenar la grilla de inversiones” para crear “puestos sustentables” de trabajo. Coduri, de EY, es “optimista a cinco años”. En ese plazo, dice, hay factores que “ayudan mucho” al país. El primero es el geográfico. “Importa mucho en logística y es muy favorable a ciertos sectores como Agribusiness y Minería. Yo estoy a cargo de EY Sudamérica en Auditoría y Fraudes y cuando comparo con otros países veo ventajas como la topografía, que nos pone en posición favorable incluso respecto de países estables como Colombia”. Además, agrega, “no tenemos eventos climáticos complejos: no sufrimos casi terremotos, ni grandes

tormentas de nieve, ni tsunamis y tenemos un clima muy favorable para la agricultura y la ganadería”. Sí falta, agrega, inversión en tecnología e infraestructura para aprovechar, por caso, el altísimo potencial de la Patagonia en energías renovables como la eólica.

El segundo motivo de optimismo a mediano plazo es que la resolución de temas macro, como un reordenamiento fiscal, puede beneficiar a trabajadores y empresas y atraer inversión externa e interna. “Me parece positiva la ley de primer empleo y la intención de disminuir las cargas laborales, que aquí son un peso enorme para la empresa y no benefician a los trabajadores, o la adecuación de las escalas de Ganancias, que puede ser muy importante para los contribuyentes de “cuarta categoría”. Hay tensión de objetivos, por la necesidad de reducir el déficit fiscal, reconoce Coduri, “pero si la inversión genera crecimiento, hay que encontrar un modo de financiar la transición”.

La tercera razón es la “euforia” externa respecto de la Argentina y los efectos de atracción de la mejora del marco jurídico e institucional. “Recibimos entre una y dos consultas diarias de gente que quiere invertir en la Argentina. Las preguntas cubren cuestiones fiscales, logística, acceso al talento. Pero el marco jurídico es clave: ¿Se pueden llevar los dividendos? ¿Hay estabilidad fiscal? ¿Cómo es la regulación sindical? ¿El régimen de seguridad social es estable?”, preguntan. Coduri cree que el nuevo gobierno avanzó en ese frente: eliminó el cepo cambiario, permite el pago de dividendos, legalizó el “contado con liquidación”, eliminó las DJAI y avanza en agilizar las importaciones. “Estamos atravesando los peores meses, absorbiendo los ajustes. Ya vendrán los resultados: más actividad, inversión en infraestructura y -arriesga -mejorarán los precios internacionales del petróleo y el gas”.

Por último, el ejecutivo de EY señala que, aunque no puede ser competitiva en todo, la Argentina tiene varios sectores en que sí puede serlo: Alimentos, Farmacéutica, Infraestructura, Educación y Servicios con alto valor agregado. Allí, en línea con De Lellis, señala rubros como Data analytics, Data mining, Preparación de DD.JJ. para el exterior, Desarrollo de software, Back Office, Trabajos internos de administración. “En estas cosas te-



Eduardo Levy Yeyatti (Elypsis): “Muchos índices (de competitividad) son influyentes, pero correlacionan mal con el desarrollo futuro de los países. Un buen puntaje suele dar más reputación que bienestar”.

nemos mucha ventaja”, explica. No se trata solo de que la Argentina tiene más jóvenes con dominio del inglés y rápida adopción de tecnología, sino de recursos humanos de calidad. “Es cierto que nuestra mano de obra es más cara que la china, pero aquí los errores son una quinta parte que en China”, explica Coduri. Tan importante como eso, agrega, es la capacidad de entrenamiento. Los instructores tienen actitud docente, a diferencia de países como India y China, donde es difícil que alguien que sabe entrene bien a otros, porque “el concepto es que el conocimiento es poder y no se comparte”.

BASES, PILARES Y ACTORES

Schuster vuelve al abecé: si no se cumplen las “bases” y “pilares”, dice, es difícil lograr competitividad sustentable. En ese edificio, precisa, las “bases” son Calidad de la Justicia, Ausencia de Corrupción y Sistema Democrático e Institucional, y los “pilares”: Libertad Económica, Derechos Civiles, Limitación del Gobierno y Trans-

HISTORIA DE UN CONCEPTO

“Un país es competitivo cuando genera un ambiente de negocios que permite a sus empresas competir a escala global y generar inversiones, empleo, ingresos y utilidades en un marco de apertura. Cuando la interacción Estado-Empresas-Organizaciones sociales produce un ecosistema de competitividad que permite que las empresas exporten y también atiendan el mercado interno, pero no con proteccionismo, sino con altos niveles de productividad, respetando siempre las normas del comercio internacional. De eso deriva la prosperidad de un país”, dice Alberto Schuster.

Esa definición amplia es lo que llama “competitividad estructural”. objeto de tantos análisis, debates y rankings, a diferencia de la “competitividad coyuntural”, más sujeta a la volatilidad de variables como el precio de las materias primas y las tasas de cambio.

El comercio internacional siempre fue árbitro en estas cuestiones. Los pilares teóricos los proveyeron, entre fines del siglo XVIII y mediados del XIX, Adam Smith y David Ricardo, cuyos conceptos (dotación de factores, división del trabajo, ventajas comparativas absolutas y relativas) refinaron y extendieron centenares de economistas, siempre buscando entender las fuerzas del crecimiento, el comercio y el bienestar de las naciones.

En 1990, sin embargo, **Michael Porter**, un consultor y profesor de Negocios y Estrategia de Harvard, eclipsó a los economistas con “*The Competitive Advantage of Nations*”. Traducido en 1991 al español, el libro de 1020 páginas daba cuenta de una investigación de varios años en diez países, decenas de sectores y centenares de empresas que rápidamente se convirtió en la “Biblia” de la competitividad.

No era para menos. El “modelo del Diamante” de Porter, con sus cuatro aristas (Condiciones de los factores, Condiciones de la demanda, Sectores afines y Estrategia, estructura y rivalidad de las empresas) no era tan determinista como las teorías tradicionales. De hecho, popularizó que “las ventajas competitivas se crean”, un mensaje básicamente optimista; daba cuenta de las fuerzas de la globalización; impulsó conceptos que rápidamente se pusieron de moda (como “clusters”) y brindó una rica narrativa de casos.

Porter siguió con su cátedra en Harvard y como consultor desarrolló el “*Business Competitiveness Index*” (BCI) de aplicación a las empresas. Pero en los años siguientes los economistas contraatacaron con obras que reposicionaron la cuestión de la competitividad y el éxito o fracaso de las naciones en términos de economía, política e instituciones. A fines de

los ‘90 empezaron así a proliferar indicadores y rankings de todo tipo para “medir” a los países en esas cuestiones. Y en 2002 el ascendente Foro Económico Mundial (WEF) convocó al prestigioso economista catalán **Xavier Sala-i-Martin** para diseñar una medida “total” de la competitividad de las naciones, que le llevó dos años. Así creó el Índice Global de Competitividad (algunos de cuyos resultados para la Argentina se reseñan en la nota central), una suerte de síntesis del enfoque macroeconómico del “Growth Competitiveness Index” creado por el famoso economista **Jeffrey Sachs**, y el microeconómico BCI de Michel Porter.

Aunque por ahora es el más difundido, el índice del WEF no clausuró la cuestión ni cerró la puerta a nuevos enfoques.

Por caso, el Martin Prosperity Institute, un think tank canadiense, presentó en 2015 su “*Global Creativity Index*”, asesorado por **Richard Florida**, sociólogo norteamericano y suerte de gurú de las dinámicas urbanas. Ese ranking, que mide la creatividad de 139 países, es tal vez el que mejor le da a la Argentina: ocupa el puesto 27º, en el quintil de los países más creativos del mundo. El índice toma en cuenta tres variables: Tecnología, Talento y Tolerancia. La última T vendría a significar el grado de libertad (jurídica, política, cultural) para el despliegue de las dos primeras. Tan potente es que, por caso, la Argentina aparece como un país más creativo que Corea del Sur, aunque el país oriental sea, según el mismo estudio, el primero de 39 países en la variable “Tecnología”.

Una de las coincidencias más notables en los estudios de competitividad y crecimiento es la importancia de la flexibilidad y la capacidad de adaptarse rápidamente al cambio. En 2015, KPMG y Oxford Economics realizaron una encuesta en 127 países para medir la “Readiness to Change” (traducible como “Presteza” o “Aptitud” para el cambio), por parte de gobiernos, empresas públicas y privadas y sociedad civil para aprovechar nuevas oportunidades. Aquí la Argentina no se ubicó muy bien. En el ranking general, apareció en el puesto 88º e incluso quedó relegado al 14º dentro del pelotón latinoamericano. Según la encuesta, la parte de la Argentina con mejor aptitud para el cambio es “la capacidad de la gente y la sociedad civil” (puesto 51º). En cambio, queda muy rezagada en “capacidad de las empresas” (101º) y “Capacidad del Gobierno” (103º). Habrá que ver qué dice la próxima edición de este estudio para la Argentina. Después de todo, Macri llegó al gobierno con la plataforma de “Cambiamos”.

S.S.

parencia, Protección del Derecho de Propiedad y de los Contratos, Cumplimiento Regulatorio, Orden y Seguridad, Educación y “Capital Social”, Moneda Sana y Calidad de las regulaciones a las empresas. Es una agenda amplia, pero hay acciones de corto y mediano plazo que

pueden hacer mucho por la competitividad, como la mejora de la infraestructura. Nuestro país, dice, registra valores muy bajos de exportaciones e importaciones en relación al PBI o por habitante y en desarrollo de mercado de capitales.

Hay sectores con muy pocas empresas,

añade Schuster, de las cuales varias son multinacionales insertas en cadenas de valor. Ahí es clave la localización. La Argentina es un país excéntrico, lejano. Hoy en día, precisa, el radio geográfico para ser “regionalmente” competitivo es de 3000 kilómetros. El 70% del comercio

exterior de la Unión Europea tiene lugar en ese espacio. Proporciones similares se dan en el NAFTA (Canadá, EE.UU., México) y en el comercio de los países asiáticos. Para superar esa desventaja, la Argentina debería tener acuerdos de libre comercio con países como Perú, Chile y Colombia, en cuyos mercados entran sin arancel competidores asiáticos.

Según aclara, eso es válido para el sector manufacturero. En recursos naturales, el comercio está dado por la disponibilidad: los países que necesitan una commodity agrícola se la compran a los que los producen. China nos seguirá comprando soja. Lo mismo vale para la minería. En servicios, en cambio, la distancia cuenta poco, y por eso la Argentina está bien posicionada en bienes culturales y software, donde calidad y versatilidad del capital humano juegan a favor.

Schuster coincide con Coduri y De Lellis: el espectro de sectores competitivos o potencialmente competitivos es amplio. “Hoy lo somos en alimentos, industria farmacéutica, petroquímica, biotecnología, y potencialmente en pesca, gas y petróleo, más si una mejora de precios reaviva el interés inversor en Vaca Muerta. A mediano plazo hay que apostar a la infraestructura y a largo plazo a la educación. Y buscar mayor flexibilidad laboral, para lo cual importa contar con un buen seguro de desempleo y un mercado de capitales más desarrollado, que financie la modernización del capital, Pymes operativas que sobrevivan y más diversificación sectorial”, resume. Schuster cree que la economía tendrá “una recuperación interesante” en los próximos años. Pero sostenerla dependerá de los “pilares”, que aún se deben construir.

El gobierno, en tanto, creó el “Consejo de la Producción”. Lo encabeza el economista **Eduardo Levy Yeyati**, titular de la consultora Elypsis, profesor de la Universidad Di Tella y visitante de Harvard, en representación del Estado junto con el jefe de Gabinete del ministerio de la Producción, Ignacio Pérez Riba. Lo integran empresarios y ejecutivos como Gustavo Grobocopatel (Los Grobo), Daniel Novogil (Ternium), Martín Migoya (Globant) y Sergio Kaufmann (Accenture) y académicos como Bernardo Kosacoff (UTDT, ITBA) y Jorge Forteza (Universidad de San Andrés).

El Consejo se inspiró en antecedentes

como la *Productivity Commission* de Australia, agencia independiente creada en 1998 que asesora al Parlamento; la Comisión de Competitividad e Innovación de Colombia, creada en 2006, que busca articular acciones entre los sectores público y privado; y el Consejo Nacional de Innovación de Chile, que asesora a la presidencia y propone políticas para aumentar la productividad y el bienestar de la sociedad civil.

Consultado si el Consejo pensaba elaborar indicadores o identificar sectores en los que concentrar los esfuerzos de competitividad, Levy Yeyati brinda otro enfoque.

“Estos índices, si bien son influyentes, correlacionan mal con el desarrollo futuro de los países, por lo que un buen puntaje suele dar más reputación que bienestar. Dicho esto, la Comisión de Competitividad del Consejo está colaborando con el Ministerio de la Producción para mejorar algunos indicadores relevantes y de bajo costo, como la carga burocrática o la transparencia de las regulaciones. Pero el núcleo de nuestro problema de competitividad sigue estando en insumos tradicionales como el capital físico y humano, el financiamiento caro y selectivo, una carga tributaria mal distribuida y una concentración de mercado que inhibe el florecimiento de nuevas firmas, a lo que agregaría una especialización en productos básicos en tiempos en los que el valor se genera con la adición de conocimiento y marca”, respondió el economista.

En cuanto al consenso sobre la educación como factor clave y de largo plazo, Levy Yeyati señaló que el Consejo trabaja en la creación de Consejos de Habilidades, siguiendo el modelo de los *Skills Councils* de países desarrollados, en los que las empresas ayudan a identificar las habilidades más demandadas y a diseñar una currícula orientada a la inserción laboral, junto con programas de aprendices en empresas, de modo de acortar la distancia entre formación académica y hábito laboral, y crear un sistema de certificaciones que reduzca las asimetrías de información entre la empresa y el trabajador. “Esperamos contar con la cooperación del sector privado y de los ministerios de Trabajo y de Educación para implementar un programa piloto”, concluyó. ●

SERGIO SERRICCHIO